DE BROMA Y DE VERAS Núm. 239 Setiembre 1944

Campanera del Pilar



DE BROMA Y DE VERAS Número 383
Septiembre 1944

JAIME CORTES SAZATORNIL

CAMPANERA DEL PILAR



1944
«EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
Apartado 73.—BILBAO

Imprimi potest:
I. M.ª OTEGUI, S. I. Praep. Prov. Cast.

Nihil obstat:
N. GÜENECHEA, S. I., Cens. Eccles.

Imprimatur:
† CARMELUS, Episcopus Victoriensis
15 Iulii 1944

LA EDITORIAL VIZCAINA :-: HENAO, 8 :-: BILBAO



CAMPANERA DEL PILAR

Obra escénica de costumbres aragonesas, en dos tiempos.

ACTORES

BLAS, el campanero.
ANA MARI, hija de Blas.
VALERO, hijo de Blas.
MIGUEL, esposo de Ana Mari.
Cinco *infanticos* del Pilar de ocho a catorce años.

ACCION

Se realiza en dos fechas o tiempos que caen dentro de las fiestas de Nuestra Señora del Pilar y tiene lugar en el campanario de la torre vieja de su Basílica.

DECORADO

Angulo del campanario que se desarrolla en cinco caras con un alto pretil del que arrancan cinco ventanales cortados en lo alto por un cruce de vigas. En la parte alta se suponen las campanas que suenen por varias cuerdas que caen dentro

de la escena. Por los tres ventanales centrales se ve la parte alta de las cúpulas y la opuesta torre del reloj, una vaga perspectiva de la ciudad, campos y la cinta del Ebro que se aleja después de besar los sacros muros. Bajo el ventanal del lateral izquierdo se abre el hueco de la escalera de subida al campanario; y en el derecho, el de subida al puente de la campana mayor.

Hay escaños ante cada ventanal para alcanzar con la vista al exterior, y algunos banquillos o sillas bajas.

Los trajes conservan algo del tipismo aragonés.

PRIMER TIEMPO

Mediodía del 11 de Octubre, a toda luz, cuando dan comienzo las fiestas de la Virgen del Pilar.

En escena *Ana Mari,* cosiendo sentada en una silla, y *Valero.*

VAL.—(*Mirando sobre el escaño por el ventanal central.*) Las saetas del reloj avanzan hacia las doce y pronto la campana de Aragón anunciará las fiestas de nuestra Santa Patrona. (*Pausa.*) Y el padre sin llegar. (*Va hacia el hueco izquierdo.*) ¡Padre...! (*Pausa.*) ¡Nada! Luego sube cansado y le tiembla todo el cuerpo al repicar... ¡Y hoy les toca temblar a las campanas a fuerza del buen pulso del campanero! ¡Y al primer toque, más! (*Reparando en Ana Mari.*) ¿Pero también hoy vas a estar triste? ¡Alégrate, hermanica, que es la víspera del Pilar y hay que echar al vuelo, con el campanario, el gozo de los corazones!

ANA.—¡Ay, Valero! Tú gozas del cielo de este mediodía y el pecho te brinca de júbilo. Eres mozo, y para ti la fiesta es el bullicio: Música a ban-

dadas por el aire como las palomas de la Lonja; la ciudad enguirnaldada con aleteo de banderas como una moza que marcha de romería; el volcarse de la campana mayor, hecha ángel de Anunciación, que gira en sus goznes calientes como el vértigo de las ferias... Para mí, es otra cosa...

VAL.—¡El amor, siempre el amor! ¡No lo comprendo! Yo me lleno el corazón mirando a la ciudad y bebiendo a sorbo lento estos días. Y al tocar la campana grande, quisiera que cada golpe de badajo fuera un golpe de martillo para clavar las horas sobre este aire azul y sobre los verdes campos de la vega y sobre las aguas lentas del Ebro. ¡Y quisiera a cada golpe clavar esas saetas en su blanca esfera y el calendario en el Doce de Octubre y el sol en el espacio, dejando sin movimiento esas sombras de las cúpulas que se arrojan inquietas sobre los tejados del templo! ¿No es eso amor?

ANA.—No es eso... Para ti, sí. (*Pausa.*) Para mí es, hasta ahora, silencio; sentir en ausencia; esperar... Dicen que las aguas del río, al pasar por el Pilar, lo besan y quedan benditas. Todos lo dicen y lo cantan; pero nadie sabe cómo es. El amor es algo así. Todos hablan de él cuando no lo sienten... Cuando se siente, es menester callar, porque no se sabe decir cómo nace y cómo crece...

VAL.—Siempre la misma canción. Pero no te apenes más. Ya sabes, Ana María, que yo te ayudaré en todo lo que sea necesario... (*Transición.*) ¡Sólo faltan diez minutos, y el padre sin llegar! (*Al hueco.*) ¡Padre...!

BLAS.—(*Desde lejos.*) ¡Ya subo!

VAL.—¡Gracias a Dios! Las cuerdas preparadas. (*Las examina.*) Miles de almas esperando nuestro pregón de bronce. Vamos a dar alegría; y tú, la campanera del Pilar, triste, siempre triste... ¡Ay, hermanica, sonríete un poquico!

ANA.—¡No puedo remediarlo! ¡Tú tampoco!... ¡Sólo la Virgen! (*Escuchando.*) Calla, que llega el padre...

BLAS.—(*Apareciendo en el hueco, como cansado.*) ¡Trescientas quince escaleras! Hoy como hace treinta años... pero de cada vez cuesta más subirlas... ¡como la vida! Cuando era joven como vosotros, subía de prisa y cantando. Hoy subo despacio y... contando... ¡trescientas quince! ¡Son los años, hijos míos!

VAL.—Descanse un poco, padre, para tocar tranquilo.

BLAS.—(*Sentándose junto a Ana Mari.*) ¡Hala, hija, ponte alegre al menos en este día!

ANA.—(*Sollozando.*) ¡No puedo, padre, no puedo!

BLAS.—¡Sí, Ana Mari, tienes que poder! A mis años ningún hombre subiría tantas veces escala sobre escala hasta esta altura. Yo subo porque el deber me ayuda. Y subo cansado... ¡Haz tú lo mismo, hija mía! Yo quiero tu felicidad. Sé que Miguel es bueno, sano y trabajador... ¡Y guapo, qué rediez!; pero tú debes esperar más... un poquico más; hasta que yo vea tu acierto en la elección y mida la altura de tu cariño y el de él... ¿Creerás que la Iglesia pone tan altas las campanas para fatigar en la subida al viejo campanero? ¡No! Las pone en las torres para que su sonido vuele más alto y más lejos sobre la ciudad y sobre los campos llevando el gozo y la paz. ¿Creerás que tu padre pone tan alta la espera de su con-

sentimiento para hacerte sufrir en la cuesta de la impaciencia tuya? No, hija, sino para que tu amor, si es verdadero, lleve algo de altura de cielo... ¡Hala, no llores más!

VAL.—Ella le obedece, padre, pero no podría hacer otra cosa...

BLAS.—¿Tú a qué te metes en eso?

VAL.—Me meto porque le quiero a usted y quiero a mi hermana. Altas están las campanas, aunque usted se canse de subir, y alto pone usted su consentimiento, aunque mi hermana sufra en la espera... Pero usted descansa cuando se fatiga subiendo, para tocar después las campanas con más bríos. También ella siente un dolor que hará más grande su querer; pero hasta que no lo logre, no puede descansar... Porque el amor no logrado enferma el corazón.

BLAS.—¿Qué sabes tú de eso, mocoso?

VAL.—Sé que... ¡Mire, ya me apunta el bigote! Sé que mi hermana sufre y ¡vaya! que también sufre usted. Sé que ella le quiere a Miguel y sé que usted la quiere a su hija. Llegan a un acuerdo de cariño como el brazo llega al badajo estirándose... o si no, pone una cuerda desde la campana. (*Amoroso.*) Yo toco la grande a brazo y la volteo con cuidado, casi acariciándola como a un sueño de amor... porque, cuanto mayor es la suavidad, más se ensancha el querer y más se calienta el bronce, y el ¡tán, tán!, se hace más fuerte y más claro...

BLAS.—¿Pero tú qué entiendes de sueños de amores?

VAL.—¡Ay que no entiendo! ¡Que un baturrico mozo no entiende de eso! El amor es como mi

campana. Una cosa que siempre es lo mismo, pero que suena según se la trate: ¿Toque lento, sin compás, sin calor? ¡Son de agonía o de muerto! ¿Toque de grito, de arrebato? ¡Algo que se quema!... Pero cuando van a dar las doce de este día —y están al caer—, el campanero es el novio del júbilo general, y el compás lo marca el latido apresurado del corazón; y todo se vuelve algarabía y gritos, porque el amor que sufre en su silencio también tiene derecho a gozar en sus fiestas. ¡Qué voy a entender yo de quereres y de lo que le pasa a mi hermana! Y ¡vaya! me subo al mástil de la *Pilara,* mi campana grande, que va a ser la hora y me está esperando con ansias de echar al aire su canto y su pena. (*Se va por el hueco de la derecha.*)

BLAS.—En parte tiene razón Valero. (*Levantándose.*) Anda, Ana Mari, coge tus cuerdas y esperemos las campanadas del reloj. (*Ana Mari se levanta y toma en sus manos varias cuerdas. Blas hace lo mismo desde el otro ángulo.*)

VAL.—(*Desde arriba fuera de escena.*) ¡Cómo bulle en fiestas la ciudad...! Fiesta para todos menos para mi padre y para mi hermana... ¿Verdad, maña?

BLAS.—Ten paciencia, hija mía; un poco más y toca con brío, que es la fiesta de nuestra Patrona.

ANA.—Mi corazón no puede celebrarla. Tocaré a gloria por fuera, pero por dentro repicaré a muerto...

VAL.—(*Gritando.*) ¡Ya, ya, ¡A una... a dos... y a... (*Suenan las doce. Blas y Ana Mari repican fuerte, mientras Valero voltea fuera la campana mayor. Cohetes y músicas lejanas. Tras unos ins-*

tantes se oye decir a Valero): ¡Hala, *Pilara*, campana de España, reina de la fiesta! ¡El aire se llena de sonidos! ¡Zaragoza estalla como un rosal en verano! ¡Vuelan las palomas sobre la ciudad, enhebrando en sus alas los estampidos de los cohetes! ¡Huele a flores, a pólvora y a incienso! ¡Se enciende el Ebro bajo el sol del jubileo y el pueblo todo se regocija porque hoy se hace niño! ¡Corren los pequeños ante los Gigantes y Cabezudos! ¡Vuela, campana mía, a felicitar a la Patrona, y al pasar alegra el alma de mi padre y el corazón de mi hermana!

BLAS.—(*Gritando.*) ¡Ya basta!... (*Se apagan poco a poco las campanas, aunque siguen a intervalos los cohetes y las rondallas.*) ¿Te has cansado, hija mía? (*Haciéndola sentar a su vera.*)

ANA.—Siendo un dolor como si algo se me rompiera aquí dentro...

VAL.—(*Entrando por la derecha con una bota de vino.*) Beba, padre, y cambie de cara. El vino siempre alegra, y más el de esta botica, conmovida en su entraña a golpe de campanadas. Y asómese un poquico; que yo sé que si usted se alegra, sabrá encontrar el modo de contentar a mi hermana.

BLAS.—(*Bebe.*) Nunca toqué este repique con más sentimiento que hoy: sentimiento de ver que no me brota el gozo para acompañarte en el de tu mocedad; y sentimiento de ver que se me desborda la fiesta y me brota pesar, al sentir el sentir de tu hermana...

ANA.—Por mí no sufra, padre, pues ello haría más profunda mi tristeza. Comprendo que a usted sólo le impulsa el mejor cariño que se puede tener

sobre la tierra. Pues si es más dulce el primer amor que se mete corazón adentro, debe de ser más grande el que brota hacia afuera del pecho de un padre que ha aguantado una vida de sacrificio por criar a sus hijos.

BLAS.—Las penas en compañía se hacen más pequeñas; como el pan grande se hace más pequeño cuando se reparte, pero aprovecha más.

VAL.—¡Al fin van a conseguir que también yo deje la fiesta y coma de ese pan de sus pesares!

BLAS.—¡Sólo eso nos faltaba, maño!

VAL.—¡Sólo eso les faltaba y todo eso va a ser necesario, porque si ustedes dos repican a amargo, no voy yo a bandear a dulce! Yo siento que el corazón debe llenarse o todo de tristeza o todo de alegría, como las bocas de esas campanas según sea el sol de Animas o de Resurrección.

ANA.—Tienes razón.

VAL.—Y como la tengo, asómense a las ventanas, a ver si el vértigo de las fiestas les levanta el alma antes que dé el cuarto, para que el segundo repique sea todo de fiesta en este campanario, corazón de la torre, y en nuestro corazón, campanario de nuestros mutuos quereres. (*Se asoma Blas al angular de la derecha, y Valero al central.*) ¡Mire las calles al fondo, como un hormigueo incesante hacia el Pilar...!

BLAS.—Sube conmigo, Ana Mari, que siento que Valero lleva la razón. Ven. Enjuga tu lloro; que quiero leer en tus ojos puros el júbilo de este día. (*Sube Ana Mari con Blas.*) ¡Ah, mira! A buen tiempo llegamos. Ahora se acerca el Arzobispo con su capa colorada, echando bendiciones y rodeado de su séquito de canónigos.

VAL.—Eso no le interesa a Ana Mari tanto como la rondalla baturra que se asoma por la calle de Alfonso. En ella, si mi vista alcanza... ¿Le ves tú, mañica?

ANA.—¡Sí; es él! Hace rato que lo adivino. Yo le veía desde el alma y sé que él me siente en lo alto del campanario.

BLAS.—¡Mueve el pañuelo al aire para que te vea!

ANA.—No, padre; que se haría una ilusión, y aún no la tengo yo hasta que usted no lo quiera.

VAL.—Pero presiento que el padre está al caer, como la campanada del cuarto.

BLAS.—¿Tú estarías conforme, maño?

VAL.—¿Yo? ¡Pegaba un bote!

BLAS.—¿Por qué, hijo?

VAL.—Primero, porque ella se lo merece. Con decir que se lo merece, digo que Miguel se la merece a ella. Ella, porque es mi hermana, ¡rediez!... El, porque es mi mejor amigo; con lo cual digo que es mi hermano voluntario; porque, como oí al Magistral el otro día en el sermón, un amigo es un hermano que se elige.

BLAS.—Tus palabras me van convenciendo. ¿Y lo segundo?

VAL.—Lo segundo por usted, que va siendo viejo y merece algo más que subir día tras día los trescientos quince peldaños hasta el campanario. Yo pronto iré soldado. Alguno me ha de suplir. Usted, porque sube lento, piensa sin prisas. Nosotros pensamos con rapidez, porque subir hasta aquí no nos fatiga y subimos hasta arriba del todo, hasta la plataforma del capitel, ¡cuatrocientas treinta y ocho escaleras!, para beber más luz, para

respirar aire más puro, para ver más pequeño a nuestros pies el mundo de las pequeñeces humanas y para dominar desde la altura paisajes más ensanchados. Porque es joven Ana Mari, siente las prisas; no por ella, que empieza a vivir, sino por usted, padre, que empieza a envejecer. Porque soy mozo, siento en el alma las trescientas quince escaleras del cansancio de mi padre, aunque no me fatigan en el cuerpo las cuatrocientas treinta y ocho de mi juventud.

BLAS.—¿Sientes así las cosas, hijica mía?

ANA.—Igual las siento que mi hermano, aunque yo no sabría explicarme, porque las siento con amor, y el querer olvida las palabras.

BLAS.—Entonces, hija, en esta hora de fiestas...

ANA.—¡Calle que suenan las guitarras y va a cantar la jota Miguel! (*Se oye el rasguear de la rondalla y una voz que canta:*)

Echa al vuelo las campanas,
campanera del Pilar;
que a cada son que me mandas
a ti te siento llegar...

VAL.—(*Ha saltado de su escaño y se ha subido, apretándose, al grupo que forman Ana Mari y Blas.*) ¡Y óle por Miguel y su jota!

BLAS.—¡Saca el pañuelo, mañica! Que lo vea agitarse al viento, como una paloma cautiva, para que entienda que te doy mi consentimiento en esta gran fiesta, antes que caiga la campanada del reloj.

ANA.—(*Abrazándole.*) ¡Padre mío!

BLAS.—(*Moviéndole el brazo.*) ¡Así, de prisa, y con alborozo, porque ahora es cuando empieza la fiesta para este viejo, que no tiene más querer que el de sus hijos, desde que repicamos a muerto sobre los ojos cerrados para siempre de vuestra madre...!

VAL.—¡Por nosotros y por el gozo que ella sentirá desde el cielo, vaya el segundo repique; que ya da el cuarto! (*Desaparece como antes.*)

BLAS.—Vaya el volteo a Miguel en contestación a su jota, ¿verdad, hija?

ANA.—¡Sí, padre! (*Suena el toque de las doce y cuarto. Repican con más brío que antes. Suenan cohetes y Valero grita desde fuera:*)

¡Echa al vuelo las campanas,
campanera del Pilar;
que a cada son que le mandas
a ti te siente llegar!

TELON RAPIDO

SEGUNDO TIEMPO

Han pasado sobre la historia del campanario tres años y un día. Mientras se abre el telón se oyen cinco campanadas en la torre del reloj. Es el 12 de Octubre con luces de madrugada que irán aumentando lentamente a través de la representación.

En escena *Ana Mari*, sentada, llevando tapado entre sus brazos a su hijito de un año. Junto a su silla, una cunita de mimbres.

ANA MARI.—(*Recitando una canción de cuna.*)

Los ángeles de la gloria
vuelan entre campanas;
y a cada toque que dan,
una estrellita se apaga.

Si las estrellas son muchas,
muchas son las campanadas;
y los ángeles no cesan,
rozándolas con sus alas...

¡Duérmete, mi niño bueno,
mientras amanece el alba;
cierra tus bellos ojicos,
que las estrellas se apagan,
y son tus ojos luceros
en el cielo de mi alma!

Desde lo alto de la torre,
un querubín con sus alas
adiós, le dice a la noche
y *buenos días,* al alba.

Buen día es hoy, que es la fiesta
de la Virgen Capitana...
sólo para mí es amargo
porque mi hijico del alma
tiene sueño y no se duerme,
está enfermico y no sana...

¡Duérmete, mi niño bueno,
mientras amanece el alba;
cierra tus bellos ojicos,
que las estrellas se apagan,
y son tus ojos luceros
en el cielo de mi alma!

(*Al final de los versos se acerca sigilosamente Miguel, que sale por el hueco de la derecha.*)

MIG.—¿Duerme?

ANA.—No, Miguel. Se agita mucho.

MIG.—¿Le sientes calentura?

ANA.—Desde anoche se le ha ido. Está casi frío y su carica parece un copo de cera pálida. (*Le deja en la cuna.*)

ANA.—Abajo respiraba mal. Cuando tocabas el *Angelus* me lo he subido en la cuna. Aquí el aire es más puro. La torre parece que se mete antes en el día... y la noche me da miedo, mirando la carita sin color de nuestro hijo...

MIG.—Quizás tengas razón...

ANA.—Además...

MIG.—¡Di!

ANA.—(*Suspirando.*) Además aquí estoy más cerca de ti, y con ello busco el mejor auxilio humano... Y también estoy más cerca del cielo, y así me acerco al auxilio divino...

MIG.—(*Acariciándola.*) ¿No te bastaba con estar más cerca de la Capilla de la Virgen?

ANA.—¿Y qué hacía yo con eso? Estaba más cerca, sí; pero al ras de la gente y confundiéndome con todos. Y cuando se ama como cuando se sufre, que es amar dos veces con dulzura y sacrificio, se buscan unos ojos dirigidos camino del alma. Yo aquí tengo los tuyos...

MIG.—¿Y qué haré, sino mirar con dolor el dolor de tus ojos?

ANA.—Desde aquí también atraigo la mirada de la Virgen. ¿No sabes aquella historia del Evangelio? Pues verás: Era un hombre pequeño de estatura que buscaba un corrico junto al camino por donde había de pasar el Señor. Como el gentío era mucho y no lograba su deseo, ¿qué hizo? Se subió a un árbol de la vera del camino y así fué más alto que todos. Pasó Jesús. Se cruzaron una mirada y el Señor le llenó de paz el alma...

MIG.—¡Qué buena eres, mujercica mía! ¡Ni el gozo ni el dolor te hacen pequeña a ti!

ANA.—Esta torre es como mi segunda madre... A su sombra nací. Apenas llegué a conocer a la que me dió la vida. En cambio, a ésta la conozco sillar por sillar y grieta por grieta, como se conoce a una madre por la juventud de su corazón y por las arrugas de su ancianidad... ¿No has visto cómo levanta la Virgen entre sus brazos a su Niño Jesús? Es que Jesús también quiere alcan-

zar altura para mirar mejor a las almas y para que las almas no tengan que trabajar para verle. Altar por altar, su preferido es el regazo de su bendita Madre, porque Él es chiquitín... Así, cada vez que yo busco remedio a mis males, me subo al regazo de esta madre de piedra, y de ella, no sé por qué, siempre espero paz...

MIG.—¡Tienes razón, Ana Mari! ¿Recuerdas hace tres años? Yo te quería como sólo es capaz de querer el pecho de un baturro: con hondura y silencio, como las aguas del Ebro cuando pasan ante el Pilar Santo. Tú me correspondías como responde al grito en despoblado el eco de la vecina montaña... Era necesario buscar una misma vida para los dos, como buscan un mismo cauce dos corrientes de agua que bajan separadas por la misma vertiente. Tu padre nos atrasaba llegar a nuestro cauce... Pero cuando estas campanas anunciaban las fiestas del Pilar, yo me desbordé al presentirte en lo alto del campanario, te canté mi jota campanera, respondiste tú agitando tu pañuelo como bandera de paz; capituló tu padre; rompióse el dique de su resistencia y nuestros quereres empezaron desde aquel día a deslizarse juntos con la alegría del tío Blas y la bendición del cielo. Bendición que fué este hijico que se nos quiere morir, si el cielo no sigue bendiciéndonos...

ANA.—Ya comprendes por qué me subo aquí... Hoy por la mañana tiene que hacer crisis el mal de Miguelín. El médico me lo ha ido diciendo estos días. Pero yo confío más en la gracia de la Virgen que en el remedio de los hombres. ¿Iba a morirse hoy que tenemos que tocar a fiestas? ¡La

Virgen no lo querrá! ¡Si aquí empezó nuestra dicha, aquí recobrará la salud nuestro hijo, que es nuestra dicha mayor!

MIG.—¿Tú lo crees así?

ANA.—No hay engaño para quien con amor implora. He ido día tras día a arrodillarme ante la verja de plata. No me han salido novenas ni rezos largos... ¿Es que la Madre de misericordia no comprende de corazón a corazón...? Y del mío me salían suspiros hondos, muy hondos; y le he dicho cada vez despacico, despacico, con los ojos arrasados y la frente apretada a la verja, el *Ave María* y la *Salve;* nada más que eso, Miguel. Y al acabar de rezarlas, tenía el alma iluminada, como cuando a una sala oscura se le abre una gran ventana. Y no tenía que decir más ni repetir el rezo, porque las dos Madres nos habíamos entendido... Y le miraba a su Niño y pensaba que si Ella lo tuviera enfermico y yo fuera más poderosa que Ella, ¡Dios me perdone este pensamiento!, por verla feliz, le haría un milagro y se lo curaría... Y veía subir las gradas de plata a los infanticos para pasar niños por su manto de seda y oro; y ayer le llevé a Miguelín una vez más, casi muertecico; y me lo cogió el infantico más pequeño; lo subió, se arrodilló ante la bendita Imagen, y con mi hijo en sus brazos de niño, pegándolo al manto bendito, se volvía a mí y me señalaba ante la Santa Madre de Dios, como si también él le pidiera un milagro! ¡Ya ves si lo querrá la Virgen! ¡La inocencia de Perico, implorando por la inocencia de mi hijo, ante el dolor de su madre! ¡Su abuelo y su padre moviendo

las campanas que resonaban bajo las bóvedas del templo! ¡Todos para la Virgen y la Virgen para nosotros! Bajó las gradas Perico y al entregarme a Miguelín me dijo casi cantando: "Mañana se curará. —¿Quién te lo ha dicho? —La Virgen. ¡Yo se lo adivino en la cara!..."

MIG.—¡Si la Virgen quisiera que en este día de su fiesta, al rayar el alba de la Misa de Infantes, volviesen los colores de rosa a la carica de nuestro pequeño...! ¿Por qué la fiesta de todos ha de ser para nosotros día de pesares y de lágrimas?

ANA.—¡No lo será, Miguel, no lo será, como no lo fué otras veces!

MIG.—Yo quisiera poder sentir lo que tú dices.

ANA.—Es preciso que aún suframos un poco más. No hay Sábado de Gloria sin Viernes Santo que le preceda. Pero aún no has clavado la matraca triste de la Semana Santa, y ya tienes que dar aceite a la campana mayor para anunciar la Resurrección. Sufre ahora conmigo, que pronto será el alegrarse.

MIG.—¡Hablas con tanta seguridad que, oyéndote, creería que subía ya la salvación de nuestro hijo por las escaleras!

ANA.—Yo no sé cómo será. La Virgen se lo dijo a Perico, y nos la puede mandar por los aires con rapidez de ángel o subiendo pasico a pasico como pies cansados... Y me parece que oigo al padre... (*Se ponen a escuchar.*)

MIG.—Sí... aquí llega. (*Sale a su encuentro por la izquierda.*)

BLAS. — (*Aparece renqueando.*) ¡Y trescientas quince!... ¡Una vez más, amén!

MIG.—Siéntese, tío.

BLAS.—Que buena falta me hace, hijo. ¿Y el pequeño? (*Se sienta.*)

MIG.—Sigue lo mismo. Quietecico y sin dormir. Pálido como la cera. Yo triste; y triste Ana Mari; pero ella espera un milagro...

ANA.—Ahora se lo decía: O por los aires volando o lento por la escalera...

BLAS.—¡Por la escalera, hijos míos, por la escalera! ¡Pero no a paso de viejo...! ¡Trescientas quince! ¡Treinta y tres años, día tras día! Como cuando empecé a tocar las campanas con mi padre... El subía cansado, y yo le ofrecía la silla. Murió él, murió mi mujer... se fué mi Valero a la guerra para no volver (*suspira hondo*); y ahora sois vosotros los brazos del campanario. Las vidas que vienen y las que se van... y las campanas que permanecen. Agua del río por debajo de la puente... ¡y la puente siempre la misma y en el mismo sitio, mientras el río baja de las montañas y se echa al mar!

MIG.—¿Pero cómo ha de llegar el remedio para Miguelín?

BLAS.—De modo divino pero con trazas humanas...

MIG.—Acabe de explicarme.

BLAS.—Es casi una sorpresa que ya sube por las escaleras. ¡Trescientas quince! Pero, para piernas de chicos, subir corriendo escaleras de piedra es como subir cantando escalas de solfa...

ANA.—(*Radiante.*) ¿Los infanticos?

BLAS.—¡Los infanticos!

ANA.—¿Cómo se les ha ocurrido?

BLAS.—Ellos os lo dirán...

MIG.—Y usted, ¿cómo lo sabe?

BLAS.—Porque el que se acerca a los jilgueros de madrugada, les oye cantar... y ellos me lo han dicho cantando. ¿Os asombráis? De un toque a otro toque muchas cosas vió este campanario hace tres años. Esta (*por Ana Mari*), triste. Yo, triste. Mi Valero, alegre como de fiesta. Casi le contagiamos. Pero tú cantaste tu copla, y todo cambió. Cosa de un momento que trajo una alegría muy larga. (*Pausa.*) Ahora estamos entre otros dos toques: el que me ha despertado del *Angelus* y el que pronto vamos a dar llamando a Misa de Infantes. Hora de devoción apretada. (*Se adelanta al ventanal central.*) Mirad las calles y la plaza. Como años que pasaron; como los que vendrán. Una riada que se desborda hacia las puertas del Pilar. Si la Virgen escucha a cuantos a Ella acuden, ¿no va a oírnos a nosotros, que llamamos a todos para que acudan? ¡Y más siendo para mi nietico, que ha de ser campanero como su padre y como su abuelo... como mi abuelo y como mi padre...!

(*Irrumpen en la escena por la izquierda cuatro infanticos con sotanas coloradas, roquetes blancos y antepechos de seda roja.*)

INFANTICOS.—¡Buenos días!

BLAS, MIG. Y ANA.—¡Buenos días a todos!

INF. 1.º—Campanero será Miguelín, señor Blas; pero no de campana gorda.

BLAS.—¿Qué dices, chiquillo?

INF. 1.º—Digo que no sé si ha de tocar algún día estas campanas; pero sí será de campanilla de plata ante el altar de la Virgen.

ANA.—¡Ya te comprendo!

MIG.—Pues yo no.

BLAS.—Dejad que cante, que es un jilguero posado en rama bien alta.

INF. 1.º—Antes tenemos que dar un besico a Miguelín. (*Se acercan y le besan.*) Ayer, al pasar medallas y niños por el manto de la Virgen, todos le fuímos pidiendo bajico lo que queríamos para Miguelín. Ya verán. Habla tú, Antonio, y después los demás.

INF. 2.º—Todos queremos mucho a Miguelín, porque es el más chiquito del Pilar. Además, yo le quiero más que ninguno, porque se llama como un hermanico mío, chiquitico como él. ¡En la guerra murió con mi madre, de una bomba que cayó sobre mi pueblo...! Por eso pensamos entre todos sacarle el milagro a la Virgen. Yo le dije: Tienes que curar a Miguelín. Nació en tu templo, a tu sombra, y tienes que curarle.

INF. 3.º—Yo le dije: Miguelín tiene que ser infantico tuyo, y para eso, tienes que curarle.

INF. 4.º—Y para que le curara, yo le dije: Virgencica mía, yo quiero que le cures bajo tu manto. Y aquí lo traigo. (*Lo enseña desplegado.*)

ANA.—(*Atrayéndoselo.*) ¿Eso has hecho, hijo mío? ¡Que Dios te lo pague!

INF. 4.º—No crea que ha sido fácil. El sacristán se lo olía, y ha estado vigilándome. Dos capones me ha dado cuando me ha visto rondar los armarios de los mantos. Pero mientras me los rascaba, me ha visto don Félix, nuestro capellán, que es tan bueno... Se lo he dicho, y él mismo me ha cogido el manto que yo he querido. ¡Póngaselo encimica a Miguelín! (*Lo poné sobre la cuna Ana Mari después de besarlo.*)

INF. 1.º—Yo le traigo unas rosas. Las que más cerca estaban de nuestra Patrona. Las acabo de coger de los jarrones grandes de plata. (*Las coloca él mismo sobre la cuna.*)

INF. 2.º—Yo le traigo una medalla tocada a la Santa Imagen ayer mismo. Me la dió el señor Deán, por pasarle muchas. Déjeme que se la ponga yo. (*Se acerca a la cuna y simula ponerla al niño.*)

INF. 3.º—Y yo le traigo agua bendita de la pila en esta vinajera de plata. (*Rocía con toda solemnidad mientras dice:*) "Ab inimicis malis liberanos, Domine, per omnia sécula seculorum".

TODOS.—Amén.

BLAS.—Y Perico, el más pequeño jilguero, ¿dónde está, que no viene con vosotros?

INF. 1.º—Está para llegar. Le dijo a la Virgen su cosa y viene a cumplirla.

ANA.—¿Pero cómo no habéis subido juntos?

INF. 1.º—Con nosotros empezó a subir, ¿por qué no ha llegado? ¡Ese es su secreto! Cuando llegue, él cantará. (*Se acerca al hueco izquierda.*) ¡Perico...! (*Como escuchando.*) ¿Eh...? ¡Bueno, ten cuidado! (*A los demás.*) Está a mitad de la escalera-caracol. Và bien todo.

ANA.—¡Cómo no va a ir bien, si se lo han pedido a la Virgen los infanticos! Ya lo dije yo: O volando o por las escaleras.

MIG.—¡Y has acertado en todo, pues en realidad vienen volando, porque son ángeles, pero se han contentado con subir escaleras, como si no llevaran alas!

BLAS.—¿Lo veis, hijos míos? ¡De modo divino pero con trazas humanas!

INF. 4.º—¡Ya oigo a Perico! (*Salen los cuatro a recibirle.*)

INF. 5.º—(*Es el más pequeño; entra en escena despacio, llevando una vela encendida en una mano y defendiéndola del aire con la otra.*) ¡No os acerquéis; apartaos, que se podría apagar! (*Avanza despacico, hasta la cuna, acaricia al niño y se la da a Ana Mari.*) ¡Ya está! Poneos de rodillas todos. (*Lo hacen.*) ¡Dios te salve, María, llena eres de gracia!... (*Reza.*)

TODOS.—¡Santa María, Madre de Dios!... (*Rezan del todo y se levantan.*)

INF. 5.º—¡La Virgen le ha curado!

ANA.—(*Arrebatada, mientras todos se acercan y rodean la cuna.*) ¡Hijo de mi vida! ¡Los colores vuelven a su carica! ¡Virgen Santa del Pilar, gracias, gracias, Madre mía! (*Cae de rodillas con la vela en la mano. Las luces del amanecer se han ido aumentando.*) ¡Y me miras, cielico mío, y sonríes a tu madre! ¡Ya tenemos hijo, y será infantico de la Virgen, que me lo ha curado bajo su manto bendito, por las oraciones de estos inocentes! ¡Cómo no voy a amar las piedras y las grietas de esta torre, si ellas me traen tantas dichas del Cielo! (*Solloza apoyada la cabeza en la cuna.*)

INF. 5.º—(*Acercándose y tocándole el hombro.*) ¡No llore más, y apague la vela, que todo está conseguido!

ANA.—(*Besándole ya sentada con el hijo suyo en los brazos.*) ¡No, Perico; aquí ha de arder toda, para que el toque de las campanas en este día sea con más ardor! (*La coloca en un ángulo de la cuna.*)

INF. 1.º—Y ahora cuéntanos tu idea; que no la saben...

BLAS. — (*Tomándole y sentándole en sus rodillas.*) ¡Canta desde aquí, jilguerico!

INF. 5.º—Todos le dijeron algo a la Virgen para el Miguelín. Y yo le dije el ultimico de todos: —Oye, Madre, tienes que curar al Miguelín, ¿lo sabes? Ella va y me dice que por qué... Yo le dije: —¿Te gustaría a Ti que se hubiera muerto de chiquitico tu Niño? Pues tampoco se ha de morir el Miguelín, porque ha de ser infantico tuyo. Ya verás, ya... cantará muy bien y tocará la campanilla con tanta fuerza, que no se le verá en la mano. ¿Verdad que dices que sí? Y la Virgen me sonreía, pero no decía nada. Entonces yo le dije: —Mañana, que es tu santo, antes de la Misa de Infantes, subiremos todos a ver a Miguelín. Cada uno llevará una cosa tuya. Yo discurrí llevar una vela encendida desde el camarín hasta la cuna del Miguelín. Y le dije a la Virgen: —Si llega ardiendo, se curará. Si se apaga en el camino... ¡no quiero pensarlo!

INF. 1.º—¡Y aquí fué el chasco! ¡Ya verán, ya!

INF. 5.º—¡Qué apuro, madrecica mía! Estos han cogido sus cosas, yo me he subido al camarín, he cogido esta vela de la verja de plata y, como en procesión, hemos cruzado por el altar del Santo Cristo hacia la puerta alta. Ya el templo estaba repletico, como una vinajera de vino antes de la misa. Estos me abrían paso. La llama de mi velica se movía mucho, y yo temblaba... Cuando hemos llegado al altar mayor, ha salido el sacristán. ¡Ay, qué susto! Se nos ha echado encima, creyendo que hacíamos una trastada y ha empezado a repartir mojicones... Este (*por el Infante 1.º*) ha dicho: ¡Sálvese el que pueda!

INF. 4.º—¡A mí me ha soltado un capón...! (*Se rasca la cabeza.*)

INF. 3.º—¡A mí me ha dado un repelón...!

INF. 5.º—Yo me he escabullido con la vela casi apagada...

INF. 1.º—En la puerta alta nos hemos reunido otra vez, y hemos empezado a subir las vueltas de la escalera de la torre.

INF. 2.º—Pero al llegar a la puerta de su habitación de ustedes, ¡zas!, la puerta estaba cerrada; y éste (*por el* 3.º) ha gritado: —¡Están en el campanario! ¡A ver quién llega el último!

INF. 5.º—¿Y quién iba a ser? Estos echan a correr escaleras arriba. Yo me he quedado solico. Tenía miedo en la oscuridad; pero me he acordado del Miguelín, y he empezado a subir. Al pasar por los ventanales de la torre la llama se hacía chiquitica, chiquitica... Yo me quemaba la mano por defenderla, y seguía subiendo... De pronto ¡casi me tira!, ha salido de un agujero negro una lechuza que me ha dado un aletazo... ¡Casi se me cae la vela...! ¡Uy, qué susto! Pero al fin (*suspira*), he llegado...

ANA.—¡Bendito seas, hijo mío, benditos seáis todos, porque entre todos me habéis subido las prendas del milagro de Nuestra Señora!

INF. 1.º—Y aún no hemos acabado. Tenemos que cantar desde aquí, para que nos oiga la ciudad la primera salutación a la Virgen.

BLAS.—¡Cantad, hijos, cantad como jilguerillos en la rama más alta, mientras nosotros anunciamos, con las campanas al vuelo, la Misa de Infantes y el milagro de la Virgen!

MIG.—¡Gritad fuerte al aire, porque la campana *Pilara* va a ser la alegre madrina de vuestra fiesta! (*Sale por la derecha.*)

INF. 5.º—Pero no olviden que Miguelín ha de entrar de infantico dentro de cinco años, cuando sea yo el infante mayor...

ANA.—(*Levantándose a una con Blas y tomando las cuerdas de las campanas mientras los infanticos suben a los escaños de los ventanales.*) Sí, hijo mío; Miguelín será infante, porque desde esta hora está consagrado a cuidar de la Virgen Santísima.

INF. 5.º—¿Y después le dejará que sea curica como yo lo seré, porque se lo he dicho a la Virgen?

BLAS.—¡Rediez, con el rapacico! ¡Pues pide más que un jilguero después de cantar...! ¿Y quién va a tocar las campanas, cuando falte su abuelo y su padre sea viejo?

ANA.—Déjele, que tendrá razón, ¿verdad Miguel?

MIG.—(*Desde fuera.*) Sí, mañica, sí; así será. Y si se lo damos a Dios, El nos dará otros campanericos, ¿verdad, abuelo?

BLAS.—¡Ay, viejo de mí! ¡Con eso no valen las filosofías que me han ido enseñando la vida que pasa, el río que corre y las campanas que mezclan el lloro con la alegría!

ANA.—¡Sea lo que Dios quiera! Ya voy sintiendo que cuando mi hijico dentro de veinte años vaya a decir la Misa en la Capilla de la Virgen con su casulla de seda, nadie sabrá anunciarlo, tocando las campanas, como su madre la campanera del Pilar.

BLAS.—Es la hora. (*Suena lejana una campanada.*)

INF. 1.º—¿Preparados todos?

INFANTICOS.—¡Sí!

(Suena un repique general como en el primer tiempo y los infanticos cantan los gozos del Rosario:)

"¡Pues sois, celestial Princesa,
la Columna de Aragón,
mantened la devoción
de nuestra fe aragonesa!"

(Se ha ido cerrando el telón lentamente, mientras vuelan al espacio las voces de las campanas y de los infanticos.)

F I N

EL cuento que en estas páginas has saboreado, lector amigo, es la obra póstuma de un joven artista, que ya descansa en el Señor.

Jaime Cortés Sazatornil, de corazón muy sensible y de imaginación brillante, dejó esmaltado el doloroso camino de su vida con cuentos y poesías de inspiración delicada, de belleza nada vulgar.

Sus aspiraciones de ser sacerdote se sobreponían a la traidora enfermedad que a tantos jóvenes ha vencido, y que a él condujo por fin al sanatorio de Boltaña.

Preveía que desde allí sólo le quedaba por andar el último camino, ¡a él que tantos caminos llevaba andados en sus pocos años!, y miraba con paz hacia adelante... con la paz segura que da la esperanza cristiana, arraigada en el corazón.

A un amigo suyo escribió que le sonreía la ilusión de que muchas campanillas azules cubrieran la tierra de su descanso... El amigo le contestó que dejase a un lado pensamientos tristes, y él entonces, inspirado y tranquilo, le envió los versos con que cerramos estas páginas, dedicadas a la amable memoria del malogrado joven:

¿NO LO CREES? YO SI...

A Paco Martínez-Fortún: ¿Te sonríes porque, enfermo como estoy, pienso que pronto cubrirá mi cuerpo "montoncillo leve de campanillas azules"? Lee:

¡Ay, que mi cuerpo se duerme
y mi espíritu despierta!
¡Ay, que mi fosa está abierta
y mi cielo ha de esconderme!

Ya brotan las campanillas
azules, bajo los ecos
de la tarde sosegada...
Así brotarán muy pronto
sobre la tierra sagrada
que cubra mis huesos secos
y mis pálidas mejillas...

Tú no me verás cubierto
por el montoncillo leve
de campanillas suaves...
¡Que tu alma entonces eleve
hacia el cielo, siempre abierto,
la aspiración que tú sabes!

"¡Señor!
¡Por aquel que siempre quiso
y halló quienes no quisieron;
por el que anduvo indeciso
porque otros le confundieron;
por sus huellas siempre sueltas
que al final nunca llegaron;
por lo que se atormentaron
sus pies en idas y vueltas;
por quien te amó y tiene anhelos
de beber la luz que bebes;
por lo que deja en los suelos
bajo campanillas leves...
¡Padre nuestro que estás en los cielos...!"

Mañana, amigo, ¡habré muerto!
para enterrarme en el huerto
de las flores que te digo
cuya entrada ya está franca,
dame un consejo de amigo:

¿caja negra o caja blanca?
¿campanas de muerte o gloria,
por pecador o por niño?
¡no aconseje tu cariño
sino el conocer mi historia!

Mas no olvides una cosa,
que jamás olvidar debes:
"aquello de que en mi fosa
broten campanillas leves..."

JAIME CORTÉS.
Boltaña - Sanatorio.



PARA MEDITAR

Este es el título de un utilísimo folleto de 104 páginas que acabamos de publicar.

"PARA MEDITAR" contiene veinticinco **Rayos de Sol** para Ejercicios Espirituales, escritos por el P. REMIGIO VILARIÑO, S. I.

Cada uno de estos **Rayos de Sol** contiene una meditación breve, pero **densa** en ideas y sólida en doctrina, acerca de las verdades eternas y misterios de la Vida de Jesucristo, que suelen servir de base a las meditaciones de los Ejercicios de cinco o seis días, y a la predicación de las Misiones parroquiales.

Los temas tratados son los siguientes:

El fin del hombre.
La salvación.
Los tres pecados.
Los pecados propios.
¡Qué importa un pecado!
Examen práctico.
El infierno (tres meditaciones).
La muerte.
El juicio particular.
El pecado venial.
El hijo pródigo.
El Reino de Cristo.
Vida de Jesús en Nazaret.
El Niño perdido y hallado en el templo.
Elección de estado.
Las dos banderas.
La vocación.
Los tres binarios.
Reforma de vida.
Al pie de la cruz.
Tres modos de orar (tres explicaciones).

Son temas de constante actualidad y suma trascendencia, tratados con ese estilo transparente y ese tino certero que caracteriza a los escritos del P. VILARIÑO.

El tamaño de este folleto es algo mayor que el acostumbrado para los *Rayos de Sol*, con objeto de ofrecer una lectura más clara y una disposición interna más apta para la meditación.

No sólo durante los mismos Ejercicios o Misiones, sino también fuera de ellos puede ser este folleto de mucha utilidad espiritual, pues con su ayuda se podrán renovar en el alma aquellos santos sentimientos y fervores que entonces se experimentaron.

Hemos procurado juntar una presentación digna con un precio barato, a fin de que este utilísimo folleto sea universalmente generalizado para bien de las almas.

Precio de cada folleto: 1,50 pesetas.

Pedidos a

EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS

Apartado 73.—BILBAO